

## **HISTORIAS INTIMAS DE UNA INSURRECCION**

---

**Rafael Cartay**

---

1. Después de la II Guerra Mundial, los países beligerantes quedaron destrozados. Por todas partes había ruinas. Los hospitales estaban abarrotados. La gente lloraba los muertos. Muchos buscaban parientes desaparecidos. La economía estaba destrozada: las fábricas destruidas, el campo abandonado, las carreteras inservibles. Para reconstruir Europa devastada, se ideó un plan de reconstrucción económica. Fue el Plan Marshall, que entre 1948 y 1951 gastó unos 12.000 millones de dólares de ayuda estadounidense para la recuperación económica europea. En otra parte del mundo, treinta y cinco años después, en una pequeña nación, sin que mediara una guerra, se gastaron unos 32.000 millones de dólares, casi tres veces el Plan Marshall, sin resultados muy evidentes. En ese país, un organismo oficial, RECADI, había realizado la mayor estafa que conoce la historia económica del mundo. Por todas partes había huellas del gigantesco robo y, sin embargo, en ninguna parte aparecieron los culpables.
2. La otra historia, la no oficial, la no escrita pero que anda de boca en boca, nos habla de un país que recibió inmensos recursos y que ahora está empobrecido, víctima de un saqueo sistemático por parte de un grupo válido por la cercanía del poder. El patrimonio nacional fue repartido entre unos cuantos. A ese reparto asistimos impávidos, con

las manos atadas y con la lengua de trapo. La autoridad encubría al ladrón, la justicia lo protegía, y los partidos y los gremios levantaban un muro de silencio para defender al truhán. La moral nacional fue prostituida. Los valores y la dignidad se convirtieron en una mercancía subastada al mejor postor. De la noche a la mañana surgieron fortunas mal habidas. La corrupción tomó al país por asalto. La negligencia y el despilfarro se multiplicaron. Ante tanto escándalo, el ejecutivo tuvo oídos sordos, los jueces se vendaron los ojos, y los legisladores se cruzaron de brazos. Y nosotros, los simples e indefensos mortales, nos contentamos con las migajas del festín.

3. La ficción había comenzado a perpetrarse desde hacía muchísimo tiempo. Venezuela fue un país agrícola hasta 1925 sin haber sembrado jamás el uno por ciento de su superficie cultivable. Y desde esa fecha comenzamos a vivir mayormente de los recursos obtenidos del petróleo. Y comenzó a instalarse dentro de nosotros la sicología de la gorronería, o la mentalidad del gorrón, de quien tiene por hábito comer, vivir, regalarse o divertirse a costa ajena. Es el drama de una sociedad que produce su propia riqueza, a costa de su esfuerzo creador, parcial y mediatizado, pero esfuerzo en fin, y luego cambia aceleradamente a otra que vive de una riqueza diferente, producto de la liquidación de un activo, de un recurso natural no renovable. Y en ese tránsito, se nos envileció el alma.
4. Tanta nueva y fácil riqueza se nos subió a la cabeza. El manirrotismo del venezolano se hizo proverbial. No de todos, es verdad, sino del de las clases media y alta. Venezuela poseía una de las monedas más fuertes del mundo, y nos dábamos muchos lujos, como el de tener la moneda fraccionaria casi toda de plata. Por todas partes se contaba con envidia las cosas de ese venezolano soberbio y despilfarrador que siempre irritaba, que pagaba a manos llenas y que no veía límites a su apetito consumista. Un notable caricaturista lo estigmatizó con el sobrenombre de "Tá barato,

dame dos". Era una época en que se podía importar cuanto se deseara, porque el bolívar, en su paridad con respecto al dólar, estaba sobrevaluado.

5. A partir de 1974 se exacerbó el mal. Los precios petroleros se cuadruplicaron, y el país fue inundado de dólares. Eran tantos, que debieron inventarse formas para mantenerlos afuera y no producir graves distorsiones internas. Nació, así, el Fondo de Inversiones de Venezuela, que fue uno de los pocos actos de prudencia administrativa adelantadas en aquella época.
  
6. Otra cara de esa Venezuela había estado desarrollándose, entre tanto. Una cara amarga, triste y miserable, surgía aceleradamente. De la pobreza austera se pasó a la pobreza de solemnidad. Y crecieron los ranchos, el desempleo, la malnutrición, las epidemias, el ausentismo escolar, la prostitución, la delincuencia. Al lado de la imagen opulenta, millonaria, de una Venezuela minoritaria, se hizo presente la Venezuela empobrecida de la mayoría. Abandonado el campo y la agricultura, carentes de recursos las zonas rurales, la población rural emigró a las ciudades, y se enquistó, formando cinturones de miseria. Esa avalancha poblacional presionó sobre los servicios públicos, creció desmesuradamente el sector terciario de la economía sin relación con la producción de bienes, y muchas necesidades quedaron insatisfechas. Se asignaron recursos para remediar la pobreza, pero fueron insuficientes. Los políticos no comprendieron la magnitud del problema. Entre las políticas gubernamentales populistas y los errores de concepción y de planificación del desarrollo económico y social, el país se estaba hundiendo. Algunos, como Pérez Alfonzo y Domingo Alberto Rangel, nos alertaron del desastre de la Gran Venezuela, pero se les desoyó, tildándolos de voces agoreras. Los jóvenes se alzaron, y hasta formaron guerrillas, pero se les exterminó, sin reconocer la angustia que estaba detrás de su acción suicida.

7. Para 1974 la mitad de los venezolanos vivía en ranchos, el 42 por ciento eran analfabetas, el 70 por ciento registraba falta de calorías, el 45 por ciento tenía deficiencia de proteínas, el 15 por ciento de la población en edad de trabajar estaba desempleada. Un día de 1983, el encanto se rompió, y las dos Venezuelas se encontraron, una frente a la otra.
  
8. Pero no se aprendió la lección, y el juego continuó. En 1988 descubrimos, entonces, que el 86 por ciento de las familias venezolanas eran muy pobres, y que más de 50.000 millones de dólares se habían fugado del país y estaban depositados en cuentas de bancos extranjeros. Las reservas internacionales del país estaban en cero, y la deuda externa superaba los 30.000 millones de dólares. La historia, trágica e ineluctablemente, nos dio un gran baño de agua. Y no sabíamos qué hacer y a quién echarle la culpa. Recientemente un economista de fama internacional vino a decirnos una verdad del tamaño de nuestra derrota: "Venezuela es la única economía petrolera que conozco que sufrió una depresión a mitad del segundo auge petrolero. Esta fue una verdadera proeza negativa, ya que el país se estancó entre los años 1979 y 1982 en medio de un auge de exportaciones (petroleras) de unas dimensiones sin precedentes en la historia". Una profunda desigualdad económica y social se ha instalado en el seno del país. Como una caldera, sometida a una enorme presión, y sin casi válvulas despresurizadoras, el cuerpo social puede estallar de un momento a otro. Un enorme stress colectivo se ha apoderado del espíritu nacional, y en todos se refleja un estado de angustia, de insatisfacción, de hondo malestar. El presente está arruinado y se ha hipotecado el futuro.
  
9. El país está en crisis y endeudado, presa de desequilibrios, y hay que enderezar el rumbo. El Gobierno acomete, entonces, una serie de medidas económicas para tratar de corregir tales desequilibrios, pero se olvida de las medidas sociales compensatorias del enorme sacrificio que se le exige. Día a día el resentimiento crece. Uno sale a la calle y

lo asaltan. Los comerciantes especulan con los precios. Los desfalcos están a la orden del día. Los desabastecimientos son frecuentes. Los servicios públicos se encarecen y deterioran. Los líderes políticos se enriquecen. No hay cupos en las universidades. Se desaparece el sencillo. Los hospitales carecen de recursos. La represión policial es ineluctable. Los alquileres suben. El desempleo crece. La indefensión del ciudadano corriente es total. Y también los delincuentes son protegidos, los jueces no cumplen con su misión, los partidos políticos eluden su responsabilidad, los especuladores no son sancionados. La presión cotidiana aumenta, ¿por dónde va a estallar? ¿qué la hará estallar?

10. El lunes 27 de febrero de 1989 Caracas amaneció como siempre. Mientras el este aún dormitaba; con los primeros albores, desperezándose, la gente como hormigas bajaba de los cerros, o venía del oeste, o fluía desde el centro, rumbo al Nuevo Circo, a tomar el transporte para dirigirse, como todos los lunes, a su trabajo. La noche anterior, algo, sin embargo, había cambiado: habían sido fijadas en lugares visibles las nuevas tarifas del transporte colectivo. Y la gente fue sorprendida. Días antes, el 17, el Presidente había anunciado un aumento salarial promedio del 30 por ciento para los empleados públicos y privados. Y había anunciado además aumentos en las tarifas telefónicas, de electricidad y de la gasolina. Los nuevos precios de la gasolina entraron en vigencia el día 26. Las tarifas aéreas en los vuelos internos aumentaron en un 30 por ciento el día 27. El día 26 el ex-presidente Lusínchi, ingenuamente, afirmó que la banca internacional lo había engañado, pues su gobierno había destinado el 50 por ciento de los ingresos petroleros al pago de la deuda, bajo la promesa de continuar prestándole a Venezuela, lo que no sucedió.
11. El día 27 la gente concentrada en el Nuevo Circo, sintiéndose burlada, y luego enardecida por los nuevos precios del transporte, comenzó a protestar por lo que ella consideraba un abuso. Y la voz callada del pueblo, desoída en una

sociedad insensible y ahíta, creció como un río y destrozó todo lo que tenía a su alcance. El furor se expandió y todo fue desconcierto, caos. Y de allí al saqueo de supermercados y almacenes fue sólo un paso. Había tanto resentimiento contenido, tanta amargura, tanta pobreza y tanta frustración acumuladas, que el motín estalló. Por un momento siquiera, dos días apenas, la abundancia estuvo cerca. Y del alborozo en la captura y el reparto del botín, y de la algarabía festiva del tumulto, se pasó a la sangre, al llanto y al duelo cuando sobrevino la implacable represión. De aquellos días amargos y de miedo quedó en las conciencias de todos, como una bala perdida, una clara advertencia que una silenciosa mayoría había dado a un sistema envanecido y sordo, que negaba la justicia social y promovía la desigualdad económica. Tres días después, las aguas desbordadas momentáneamente volvían forzosamente al cauce. Atrás quedaba una lección que no debería olvidarse.

12. Para muchos, lo que permanece vivo es el saqueo, la violación de la propiedad, el miedo de ver la cosa propia confiscada. No nos engañemos, sin embargo. La esencia de la cuestión no está en el robo instantáneo, a ciegas y controlable, protagonizado por los desheredados de los cerros. Los dirigentes saben cómo controlar sus ímpetus: al fin y al cabo, los pobres no tienen dolientes influyentes. Y los baños de sangre se esconden o se justifican, aunque queden vivos en la memoria del pueblo. El reto está en otra parte: hacer de la vida una vida más digna, y de la sociedad, una sociedad más justa y equitativa. Sólo así se puede desmontar la amenaza que pende sobre el resto de la sociedad: la de esa caldera que se hincha y se hincha, y amenaza con estallar en un momento de éstos.. El 27 de febrero fue, pues, el signo inequívoco de que las cosas irremediabilmente habían cambiado, aunque todo, en realidad, había cambiado ya desde hacía mucho tiempo.